

de la guerra de la Independencia hombres afectos á secundar su patriótica inspiración.

A medida que iba aumentándose el ejército carlista y que adquiría organización y disciplina, Zumalacárregui que sabia apreciar lo que importa en guerras civiles la fuerza moral que da la opinion, quiso presentar ante la nacion y los países extranjeros la apología de la causa en cuyo favor habia desvainado su espada, y por medio de un boletín extraordinario que hizo publicar en los periódicos franceses dió á luz una especie de manifiesto apologético y laudatorio de la conducta de los carlistas, documento de mas intencion que efecto y que no merece el lugar que en su obra le ha dado el apreciable autor de la *Historia de la Guerra civil*, por revelarse en dicho escrito la exageración con que se vierte en incorrecto idioma español un panegírico pensado en francés, de lo que no cabrá duda á los que lean las líneas que sin alteración alguna reproducimos á continuación.

Los que mandaron confeccionar el alegato no se cuidaron ni aun de repasar su versión á nuestro idioma, como lo demuestra la repetición con que se usa de la voz *Caserna* (en francés *Caserne*), correspondiente á cuartel ó edificio para la tropa. «Los últimos meses (decía el boletín), estériles en acontecimientos militares por la forzada inacción de las tropas cristinas, han sido fértiles en sucesos que han hecho contrastar mas allá de toda ponderación la conducta de ambos partidos. El general de don Carlos despues de invencibles esfuerzos, llega á organizar (por decirlo así, de la nada) un pequeño tren de artillería, y se dirige contra varias *casernas* enemigas; contra esos asilos de la tiranía, dentro de los cuales se verifican en el siglo XIX los excesos brutales y las acciones atroces, que sucedidas ó no en los antiguos *donjones* (1), han hecho odiosa su memoria y la de su siglo. El general carlista se apodera á viva fuerza de Los Arcos; respeta la desgracia de mas de cien heridos; perdona generosamente á la guarnición, da á elegir partido á todos sus prisioneros; unos se incorporan en nuestras filas, otros son conducidos á los hospitales llevándolos en hombros los mismos soldados que acababan de vencerlos y saben que recobrada su salud podrán elegir libremente entre la legitimidad y la usurpación; otros que prefieren la última, marchan escoltados y seguros á las guarniciones mas próximas.

»Estos presentes hoy en las banderas enemigas ofrecen una prueba incontestable de la generosidad de sus adversarios y nosotros tenemos bastante confianza en su honor personal para no recusar su testimonio; digan si hubo capitulación, digan cómo fueron tratados.

»La *caserna* encerraba una multitud de efectos de propiedad particular que fueron en el acto devueltos á sus legítimos dueños, reservando (2) solo los granos pertenecientes al beneficiado de la población que decidido desde el primer momento por la justa causa, ha querido hacer el sacrificio de su propiedad, como antes habia hecho el de su existencia. Así los revolucionarios en la abundancia, y proclamando su respeto á la propiedad, despojan y roban los pueblos. Así el ejército falto aun de los objetos precisos, cubre solo sus necesidades con los efectos pertenecientes al gobierno usurpador ó con los que le ofrece el mas puro patriotismo.»

Basta lo transcrito para justificar el juicio emitido acerca de la rapsodia á la que la benevolencia del apreciable citado autor otorga los honores de manifiesto de la causa carlista.

La primavera de aquel año habia sido muy cruda, y era consiguiente que la fatiga y el cansancio impusiesen algún reposo á los beligerantes. Así parecieron comprenderlo los generales de ambos ejércitos, tomando las posiciones que cada uno de ellos encontró mejor acondicionadas para acantonar sus soldados y darles algunos días de descanso. De ellos aprovechó Zumalacárregui para revistar sus batallones, reorganizarlos y formar un regimiento de Guías de los hombres mas aventajados de cada compañía, cuyo mando confió á oficiales elegidos entre los mas sobresalientes.

(1) Donjon en francés, quiere decir prisiones subterráneas de los castillos feudales.

(2) Quiso decir *exceptuando*.

En aquellos mismos días de momentáneo reposo, caminaba procedente de Castilla en dirección del Ebro, el general Aldama con siete batallones de refuerzo. Penetraba en Navarra por Sesma, deseoso de ocultar su movimiento, que no tardó sin embargo en conocer Zumalacárregui, el que reuniendo los batallones que tenia en el Valle de Ega, acudió á cerrar el paso á los recién llegados, tomando al efecto posición en Monte Jurra. No venia Aldama desapercibido y dispuso sus fuerzas de manera que pudo resistir el choque sin desventaja, pero atacado por su flanco por tres batallones navarros que Zumalacárregui tenia en reserva, vióse muy comprometido el general de la Reina y solo evitó un descalabro recibiendo el oportuno auxilio de una brigada de refresco que condujo á tomar parte en el combate el general Rivero, atraído al campo de batalla por haber oído un fuego continuo y vivo desde los cantones que ocupaba. Los carlistas se retiraron aunque no batidos, pues al siguiente día aparecieron en las mismas posiciones de las que habian sido arrojados el día anterior, mostrándose en actitud de reanudar la lucha. Aldama, embarazado con sus heridos que ascendían á trescientos hombres, no creyó prudente aceptar el reto y emprendió la marcha en dirección de Lerín. Bien pudo mirarse la jornada de Monte Jurra como un combate que lo fué de tablas para los liberales, siéndolo de cálculo por parte de Zumalacárregui que siempre salía ganancioso molestando, persiguiendo y no dejando descanso á sus enemigos.

En los primeros días de marzo Eraso, que al frente de sus batallones vizcainos espiaba la ocasión de sorprender á Bilbao, aprovechó la ausencia de Espartero que habia salido para Vitoria á reforzar á Mina en sus operaciones de Navarra, presentándose el carlista al frente de cuatro mil hombres ante los muros de la plaza, é interceptando sus comunicaciones con el exterior y en particular el camino de Villaró, de cuyos molinos se surtía la población. A fin de proteger el surtido de un artículo tan de primera necesidad como lo es la harina, habíase levantado molinos á un cuarto de legua de Bilbao, molinos cuya custodia cuidaba un destacamento de treinta y seis hombres. Atacados estos por los carlistas opusieronles una honrosa pero inútil resistencia, pues apoderóse el enemigo de la posición é hizo inmediatamente pasar por las armas á sus defensores. Corrióse en seguida Eraso en dirección de Orduña repitiendo con un fuerte que protegía la población, lo que acababa de verificar en Villaró. Treinta y siete hombres que guarnecían el fuerte lo evacuaron en la esperanza de salvarse, pero fueron cogidos en su huida y fusilados también en represalias, djóse, de algunos carlistas que lo habian sido pocos días antes por las tropas de la Reina.

Aunque no se atrevió Eraso á atacar á Bilbao, ocupó sus alrededores repitiendo en ellos lo que practicaban los carlistas en el territorio vecino á los puntos fortificados, reducido á dominar el país, sacar reclutas y recursos, tener á los liberales encerrados en los pueblos guarnecidos y matarles gente.

De regreso de Vitoria, encontró Espartero á los carlistas ocupando las alturas de Lancidana, y aunque la posición que ocupaban le pareció fuerte, no vaciló en atacarlos logrando arrojarlos de las alturas que defendían y obligándolos á retirarse, si bien lo hicieron con orden, no obstante de verse perseguidos.

Los refuerzos que con tanta instancia y por tan justificados motivos no cesaba de reclamar el general Mina, y de los que ya habia conducido algunos batallones el general Aldama, completáronse en la limitada medida de los insuficientes elementos de que el gobierno disponía, habiéndose confiado un nuevo envío de tropas al entendido general don Luis Fernández de Córdova que se hallaba en Madrid en uso de licencia. Pasado que hubo el Ebro este general y sabedor de que, el punto fortificado de Maestu, que guarnecían quinientos soldados de la Reina, se hallaba bloqueado y en grande apuro, no vaciló y sin tomar otro consejo que el de su propia inspiración, voló al socorro de los sitiados, atravesando por medio de una marcha forzada escarpados desfiladeros. Consiguó su objeto Córdova y logró ahuyentar al enemigo; pero desliziándose este á sus espaldas y grandemente reforzado encerró á Córdova en barrancos de los que no hubiera podido salir, á no haber

tenido aquel la buena suerte de hacer llegar un oportuno aviso de la apurada situación en que se hallaba, al general Aldama, quien acudió en su auxilio con trece batallones y libró á su compañero del gran peligro que corría. Salido de su aprieto corrióse Córdova á los valles de Arana y las Amezcuas y siguiendo por Santa Cruz, Cabredo y Aguilar, incendió los molinos, graneros y fábricas que en la comarca tenia establecidos el enemigo. No encontrándose este en fuerza para oponerse al desastre, hubo de devorarlo en la esperanza de hallar la ocasión de vengarse.

Ocupado Oraá en el Baztan cuya permanente posesión tanto importaba, concibió un plan que debía en su sentir haber dado por resultado un movimiento envolvente, que derrotase al enemigo, haciéndole perder las posiciones que en el Baztan ocupaba, operación cuyo completo éxito fracasó por no haber llegado á tiempo á los puntos señalados las diferentes columnas que debieron concurrir al movimiento. Mas aunque no vió realizados los resultados de su bien meditado plan, dictó Oraá acertadas disposiciones para la conservación de los puntos que importaba asegurar, proveyendo á la protección de las aduanas que estableció en la frontera, medidas que grandemente contribuyeron á que los vecinos de Valcárcos se comprometiesen en favor de la causa de la Reina.

La salud del general Mina que cada día empeoraba, y que juntamente con los limitados medios que tuvo á su disposición, no le permitían llevar adelante sus planes de guerra y de pacificación, decidieronlo, no obstante el empeño de sus amigos para que conservase el mando, á presentar su dimisión que acabó por aceptar el gobierno cuyas esperanzas cifrábanse entonces en la confianza que le inspiraban los planes que para la extinción de la guerra formaba el ministro del ramo don Jerónimo Valdés.

No fuera equitativo juzgar la capacidad militar y política de Mina, por los resultados de su campaña en las provincias del Norte. Los medios puestos á su disposición fueron evidentemente insuficientes para plantear el sistema que concibió, y no tuvo tiempo de realizar; pero si no logró grandes triunfos, tampoco experimentó derrotas. Se habia propuesto hacer la guerra reclutando gente en el país, y organizó algunos cuerpos de voluntarios que no dejaron de ser útiles á sus sucesores. Fortificó la línea del Ebro por Tudela y Logroño al mismo tiempo que la de Tafalla por Puente de la Reina, Viana y Lerín; y aunque no logró la codiciada posesión de todo el Valle del Baztan, consiguió limitar las ventajas que el enemigo sacaba de los puntos de que no pudo alejarlo. Tuvo grande empeño y consiguiólo en parte, en armar los valles y en cortar á Zumalacárregui el libre paso de la Borunda al Baztan, arrinconándolo en las Amezcuas. Protegió á los pueblos del Roncal favorables á la causa de la Reina, al mismo tiempo que se mostró en extremo severo con los habitantes del valle de Salazar, acérrimos partidarios del Pretendiente.

En su sistema gubernativo desplegó Mina prudencia y acierto y mantuvo con las autoridades locales la mejor armonía. Levantó los destierros no siempre impuestos por sus predecesores con motivos suficientemente justificados. Acusado Mina de una severidad llevada hasta la crueldad, no dejó de mostrarse humano, cuando la bondad era conciliable con las necesidades de la guerra, como bien lo demostró su proceder para con la hija de Zumalacárregui y la generosidad de que usó con los prisioneros de Lumbier, que tan villanamente correspondieron á la indulgencia del general. Dejados en libertad de reincorporarse á las filas enemigas, al volver á ellas y hacer armas de nuevo contra sus libertadores, los de Lumbier apostrofaban á estos con gestos insultantes, y lo que es mas odioso, asesinaron á los prisioneros caídos en sus manos.

El mejor elogio que del mando de Mina puede hacerse y que sirve de respuesta á las declamaciones que contra su crueldad proferían por aquel tiempo en el parlamento inglés O'Connell y otros amigos de don Carlos, se halla en la proclama dada por Zumalacárregui en la que decía: «Bravos soldados, felicitemonos. El Dios de las batallas está con nosotros. Jamás su protección se ha manifestado de una manera mas patente que ahora. De débiles que éramos, nos ha convertido en fuertes. El nos ha conducido por su mano de victoria en

victoria; El se ha servido de nuestras armas para abatir el orgullo de Sarsfield, del tráfuga Quesada, de un Rodil coronado de laureles en Portugal: El nos ha presentado por contrario á Mina que era el solo que podia balancear nuestra victoria. Solamente Mina podia detener sobre los bordes del abismo el trono vacilante de la débil criatura que quieren imponernos por Reina. Mina, que á la energía, á la actividad y á su talento militar, reúne una reputación colosal y por cuyas venas corre sangre navarra, acaba de caer.»

El mismo día en que fué aceptada la dimisión de Mina, era nombrado para sucederle el teniente general don Jerónimo Valdés, á cuya disposición fueron puestos todos los elementos de que en hombres y recursos podia disponer el gobierno. Este general habia traído del Perú, donde hizo la guerra con crédito, una merecida reputación de probidad y de sencillez de costumbres, reputación engrandecida por sus amigos hasta el extremo de atribuirle una capacidad colosal y de compararlo á los grandes hombres de la antigüedad y de la edad moderna. Reuniéronse para acompañar á Valdés, cuantos refuerzos de tropa pudieron ser distraídos de Castilla y de Aragón, y al frente de aquel nuevo cuerpo de ejército tomó Valdés el camino del Norte. Llegado que fué á Vitoria reconcentró el grueso de sus tropas sobre la línea del Ebro, al mismo tiempo que Oraá se afanaba para acabar de fortificar el Baztan y armar la población adicta.

El 18 de abril recibia Mina en Pamplona la aceptación de su dimisión y entregaba el mando al general Benedicto, que lo desempeñó hasta la llegada de Valdés.

CAPITULO III

Estado de la guerra en el Maestrazgo

Viaje de Cabrera á Navarra para conferenciar con don Carlos.—Resumen Cabrera el mando de las facciones de Aragón.—Prision y fusilamiento de Carnicer.—Estado de la guerra en las provincias en los primeros meses de 1835.—Cataluña.—Castilla la Nueva y Extremadura.—La Mancha.—Galicia.—Merino en Castilla la Vieja.

Hallábanse las facciones del Bajo Aragón, las de Cataluña, y de la parte alta de la provincia de Valencia, en el estado que ha dado suficientemente á conocer lo que queda expuesta en el precedente libro, estado que como de allí aparece era bastante apurado para los carlistas, á los que salvó de una disolución que parecia mas que probable, la incansable actividad, la fe, y el vigor del hombre á quien su estrella tenia reservado un papel que hallará su lugar en la historia. Cabrera, segundo entonces de Carnicer, habia ganado por sus hechos una popularidad entre las facciones que preparaba las vías de su futuro engrandecimiento.

En la cabeza de aquel aspirante á fama y honores, hombre afiliado á una causa cuyo evangelio era el principio autoritario emanado de la personalísima voluntad del monarca, bulla el deseo de acercarse, como Moisés, al Sinaí de la majestad que habia de consagrar su misión, por boca del mismo don Carlos; y poniendo por obra su levantado pensamiento, emprendió Cabrera su viaje al Norte.

Solo cuando hubo madurado su plan el futuro conde de Morella, y cuando lo tuvo resuelto, llamó al comandante don Francisco García, á quien dirigió las siguientes palabras: «Mañana se viene usted conmigo á Navarra: es urgente dar cuenta á S. M. del estado de todos sus defensores en Aragón, y rogarle que envíe alguna fuerza para reanimar el abatido espíritu de tantos desgraciados. Si no lo conseguimos, nos alistaremos en aquel ejército de simples voluntarios. Consultarlo con Carnicer, es imposible porque ignoramos su paradero; el asunto no da treguas y en la guerra vale mucho el tiempo.»

Poniendo por obra su meditado plan, emprendió Cabrera su peregrinación el 20 de diciembre acompañado de García, dirigiéndose primero á Alzoza y de allí á Hajar, donde se proveyó de pasaporte, de caballerías y de dinero, y usando desde que se puso en marcha de la cautela tan propia de su carácter suspicaz y receloso, no confió su secreto sino á una mujer llamada María la Albeitarera en cuyas manos se puso y fué la directora de su itinerario. Un carguío de jabón dispuesto en Hajar sirvió de disfraz á la estratagemata.

El 28 de enero lograron los viajeros pasar el Ebro sin accidente que interrumpiese su marcha.

Llegado que fué al punto donde estacionaba el real de don Carlos, Cabrera buscó y habló al conde de Pen Villemur, ministro de la Guerra.

No poseía el presentado instrucción ni menos se expresaba con elegancia, ni arte, pero era agudo, animado, incisivo y desde luego impresionaba fuertemente á aquellos á quienes se dirigía. De su conferencia con el consejero de don Carlos debió sin duda recibir este buenos informes y sin duda hubieron de interesarle las revelaciones esperadas del estudiante de Tortosa, ascendido á coronel, pues al siguiente día de la conferencia de este con Villemur obtuvo una larga audiencia de su soberano, coloquio que se repitió con frecuencia ínterin permaneció Cabrera en el real de don Carlos.

De que en sus conferencias hablaría aquel tanto al ministro como á su Rey, en el sentido mas conveniente á sus propias miras, no deja la menor duda la simple consideración de que el arriesgado y temerario viaje de Cabrera lo emprendió *motu proprio* y sin que ni su jefe Carnicer ni sus compañeros tuviesen influjo en su determinación de trasladarse al Norte, pues no tuvieron conocimiento del viaje hasta despues que lo hubo Cabrera efectuado.

El objeto ostensible que dijo lo movió á emprender la penosa jornada era el de poner en conocimiento de don Carlos el estado en que su causa se hallaba en Aragon, al mismo tiempo que expusiese lo que consideraba conducente á levantarla.

Lo dicho por Cabrera á García al revelar su pensamiento de marchar al Norte, se redujo á la esperanza de que de Navarra viniese una expedición en ayuda de las operaciones del Maestrazgo, pensamiento que no podía ser otra cosa en los labios de Cabrera, sino una especie vertida para disimular su verdadero pensamiento, pues demasiado sabia que en el estado en que se hallaba la guerra en el Norte, era completamente ilusorio pensar en que los carlistas pudiesen por entonces al menos dirigir fuerzas de alguna consideración al Maestrazgo. Mas tanto don Carlos como su ministro no pudieron menos de considerar como de sumo interés las noticias y los datos que oían de boca de un actor que tan activa parte habia tomado en todas las operaciones de que daba cuenta, hombre que tan bien debía conocer el estado de aquel país y de lo que de él podía esperar la causa carlista, y toda vez que las conferencias con don Carlos no habian dado por resultado el envío de refuerzos á Aragon, ni tampoco facilitar dinero ni armamento para los levantados en las provincias del Este, muy poca duda ofrece el suponer que el viaje de Cabrera no dió otro resultado, que el que una imparcial crítica histórica pueda apreciar, el de haber inspirado á don Carlos la persuasión de que necesitaba el príncipe conferenciar con Carnicer, jefe entonces del Maestrazgo, medida que á no haber sido sugerida por el mismo Cabrera, hubiera debido herir la susceptibilidad de este no menos que menoscabar su celo, al ver que no satisfecho su Rey con tener delante al segundo de Carnicer, llamase á este para comunicarle en persona órdenes ó instrucciones, que era mas natural hubiese confiado á Cabrera que exigir que Carnicer emprendiese un viaje, tanto mas peligroso é innecesario, cuanto que seria la repetición del emprendido por su segundo en el mando.

Admitidos por don Carlos en audiencia de despedida Cabrera y su compañero García, recibieron de manos del pretendiente un pliego cerrado para Carnicer, al mismo tiempo que la órden de volver al Maestrazgo, acto acompañado de demostraciones de agrado y de régia complacencia. Pusieronse los dos peregrinos en marcha, y aunque viajaban disfrazados, hubo de ser conocido Cabrera por unos arrieros que pernoctaron en una venta cerca de Belchite, y solo á su destreza y resolución debieron él y García salvarse, habiendo aquel dispuesto dejar encerrados en una de las habitaciones de la venta á los pasajeros que en ella se hallaban.

Luego que hubieron llegado á territorio ocupado por sus compañeros, apresuróse Cabrera á buscar á Carnicer, con quien se avistó el 8 de marzo entre Villarlenguero y Ladriñan, cuando puso en manos de su jefe el pliego de que era portador. Leído

que lo hubo Carnicer, comunicó á Cabrera el contenido que se reducía á ordenarle que pasase á Navarra á recibir instrucciones, debiendo durante su ausencia entregar el mando al jefe de mas graduación. «Mañana, añadió Carnicer, será usted dado á conocer como jefe accidental de todas las fuerzas que operan en el Bajo Aragon y los confines de Valencia y Cataluña.»

Al siguiente día dábase á conocer en la órden general del ejército que quedaba Cabrera investido del mando de todas las fuerzas, segun lo habia Carnicer anunciado al interesado. Preparó solicito su viaje á Navarra el hasta entonces comandante del Bajo Aragon, y despidióse de Cabrera partiendo disfrazado de arriero con su antiguo compañero de armas el oficial García, quien por segunda vez emprendió la peligrosa caminata. Pero el destino iba á ser inexorable con Carnicer. Al pasar el puente de Miranda de Ebro, á pesar de su disfraz, fué descubierto, é identificada su persona, sufrió el 5 de abril la dura pena que por entonces cabia á los jefes y oficiales de ambas parcialidades que tenian la desgracia de caer en manos de sus enemigos. La muerte de Carnicer fué muy sentida por sus partidarios, conocedores de las relevantes prendas de mando que concurrían en el infortunado guerrillero.

Pesa sobre la memoria de Cabrera la gravísima acusación de haber sido parte en el triste fin que tuvo su jefe y compañero de armas. Suponen los que acogen tan grave cargo que Cabrera dió anónimamente aviso á las autoridades de la Reina, encargadas de la vigilancia del puente de Miranda por donde debia precisamente pasar Carnicer, cuyas señas y conocimiento del nombre bajo el cual viajaba, así como del disfraz que lo encubria y demás circunstancias propias á hacerlo caer en el lazo, fueron minuciosamente comunicadas al que debia ser su aprehensor.

Ningun historiador que se respete deberá, sin un detenido y concienzudo exámen, fallar pleito tan delicado como el de salvar ó absolver á don Ramon Cabrera, del delito de alevosía imputado á su memoria. Mas bien que entregarnos nosotros al exámen de un proceso por sustanciar y respecto al cual no existen datos suficientes para fallarlo con la conciencia de obrar con entera rectitud, preferimos reunir en los documentos justificativos las semipruebas y alegaciones consignadas, tanto por los adversarios como por los defensores del acusado. De los que aparecen de una y otra version, no resulta la prueba del cargo y detrás de la ausencia de semejante prueba explícita, pueden abroquelarse los defensores de don Ramon Cabrera. Pero dicho esto, lícito debe sernos añadir sin incurrir por ello en la nota de parcialidad, que aparece claro de los hechos consignados en los documentos insertos bajo de los números I, II y III, que la delación que produjo el arresto y fusilamiento de Carnicer, es verosímil partiese de quien tenia interés en deshacerse de él, ó por venganza, ó por codicia, ó por ambición, sospecha que no es permitido imputar exclusivamente á la memoria de Cabrera, toda vez que la delación pudo tener origen en otros de los enemigos personales de Carnicer, haber partido de algun liberal que creyese ser de guerra lícita deshacerse del caudillo carlista, ó por último ser emanada de alguna confidencia pagada por las autoridades de la Reina, consideraciones que terminaremos observando que segun consta de los asertos consignados en los ya citados documentos, durante su jornada desde el Maestrazgo al Ebro, fué Carnicer conocido por varias personas.

Antes que Cabrera llegase á tomar el mando en jefe de las tropas del Maestrazgo, tuvieron lugar varios encuentros, siendo batida por Noguera la facción mandada por Celma y fusilado este jefe. El cabecilla Forcadell preparó una emboscada al convoy custodiado por un destacamento del regimiento de Ceuta, logrando apoderarse de los carros y causar cincuenta bajas á los liberales, sin que los carlistas perdiesen en aquel encuentro un solo hombre.

Combates de igual secundaria importancia se sucedían frecuentemente, como consecuencia de la clase de guerra que los carlistas sostenían, consistiendo todos sus planes estratégicos en acercarse á los pueblos, en causar vejámenes á los liberales imponiéndoles exacciones, en aumentar el número de sus partidarios y guarecerse á los montes para evitar la persecución

de las tropas de la Reina, volviendo á presentarse cuando creían poder hacerlo con ventajas; situación que mudó de condiciones y de aspecto cuando Cabrera hubo tomado el mando de las fuerzas de Aragon, hasta entonces abatidas por la activa persecución de que habian sido objeto. El jefe carlista supo inspirar confianza á sus partidarios, familiarizarlos con el peligro, extender su influencia á los pueblos en que dominaba y haber hecho, á imitación de Zumalacárregui, soldados de sus voluntarios, los que esperaban al enemigo y cuando no podían vencerlo, le hacían perder gente, retirándose ellos en seguida á sus montañas.

Al encargarse Cabrera del mando, su primera disposición fué la de citar á los jefes de las partidas del territorio, con el fin de saber con qué fuerzas podía contar para operaciones. Todos los convocados asistieron á la reunión, entre ellos Quiles, Forcadell, Torner y otros: Miralles fué el único que no se presentó á recibir las instrucciones del nuevo jefe. El 19 de marzo verificóse la junta, en la que despues de largas deliberaciones sobre el estado de las fuerzas, se halló que estas se reducían á 200 infantes y 30 caballos á cuyo frente tuvo Cabrera su primer encuentro con Noguera en Tronchon, encuentro de escasa importancia, toda vez que sosteniendo un ligero fuego por ambas partes se retiraron los cristinos á Mirambel y los carlistas á Cantavieja.

Habiéndose apercibido Cabrera que su nombramiento para el mando en jefe habia producido cierta desconfianza por parte de los antiguos cabecillas, principalmente en Quiles que era el que llevaba mas tiempo mandando su partida, volvió á citar á los mismos que habia anteriormente reunido y manifestóles lo que habia visto y admirado en el Norte, donde tan superior les dijo era la organización de sus compañeros de armas, enteramente debida á la excelente disciplina de los batallones de Zumalacárregui, y de ello tomó ocasión para exhortarles á que permaneciesen unidos, asegurándoles que el triunfo de la causa por la que se sacrificaban dependía de la unión, pues los liberales estaban desunidos dando el espectáculo de divisiones anárquicas, refiriéndose á la rebelión de la casa de Correos, á los asesinatos de los frailes en Madrid, á las sesiones borrascosas que celebraban los Estamentos y á los artículos que publicaba la prensa liberal. Concluyó Cabrera su arenga con las siguientes palabras: «Si me quieren ustedes exponer alguna razón contraria á estas ideas pueden hacerlo con la mas cumplida libertad.» Nada repusieron los congregados, sometióse gustosos á Cabrera. Dió entonces el nuevo general en jefe instrucciones á Quiles relativas á que procurase adquirir medios de subsistencia dirigiéndose en seguida á Mirabete.

De alguna mas importancia fué la acción de Alloza dada el 26 de abril, en la que se encontraron frente á frente, Noguera con sus disciplinadas tropas y Cabrera con sus voluntarios. Al avistarse los combatientes el entusiasmo fué ruidoso por ambas partes. Los carlistas gritaban: ¡Viva el Rey, la Religión y la patria! y excitados por su jefe esperaron la acometida de las tropas de la Reina. Arengadas tambien estas por Noguera y lisonjeados los liberales de que iban á alcanzar la gloria de concluir con la facción, siguieron á su denodado jefe que al frente de la caballería cargó sobre las filas enemigas; pero los infantes de Cabrera recibieron la acometida con serenidad y rompieron un fuego mortífero que produjo confusión entre los cristinos; mas Noguera reanimó á los suyos y aunque rechazada de nuevo su caballería por las descargas carlistas, el valiente general condujo á sus soldados por tercera vez á la carga y logró al fin arrollar á Cabrera, obligándolo á retirarse á la sierra de Arcos. Mas no por esto cesó la pelea, pues Noguera siguió á su contrario, el que no rehusó hacerle frente, trabándose de nuevo la lucha comenzada con tanto encarnizamiento, hasta que cansados y extenuados ambos bandos, observaron por algunos días una especie de tático armisticio. La sangrienta jornada de Alloza ocasionó sensibles pérdidas de una y otra parte. La vida del general Noguera, cuya bizarría fué admirable, estuvo constantemente expuesta.

La antedicha acción tuvo para los carlistas, no obstante de no haber quedado en ella vencedores, la importancia que

se deduce del parte que de la misma dió el general cristino, toda vez que claramente aparece de este documento que Cabrera habia conseguido que sus voluntarios esperasen á pie firme á las disciplinadas tropas de la Reina (1).

Molestado el jefe carlista por la activa persecución de las columnas liberales, diseminó su fuerza, retirándose á los puertos de Beceite y dando órden á Torner para que se dirigiese á los de Arnés y á Prat de Compte, hasta que las circunstancias lo indujeran á concentrar nuevamente sus fuerzas.

En los últimos días de abril, Torner atacó los fuertes de Arnés y Pinell que valerosamente defendieron los destacamentos que los guarnecían. Casi al mismo tiempo era derrotado Miralles por Buil en el barranco de la Estrella, combate del que resultaron algunos prisioneros carlistas á quienes se aplicó, fusilándolos, la bárbara costumbre de no dar cuartel á los rendidos. No satisfecho Cabrera de las consecuencias de la diseminación de su hueste, varió de táctica y procedió á esquivar los encuentros, limitando por algun tiempo sus operaciones á sacar recursos de los pueblos que lograba sorprender, á cuyo efecto dió instrucciones á los comandantes de sus destacamentos para que obrasen del mismo modo.

A tal extremo llegaron por entonces las exacciones que los carlistas imponían á los pueblos del Maestrazgo, tan excesivo era el número de los prosélitos con que engrosaban sus filas, que el Capitan general de Aragon don Antonio M.^o Alvarez publicó un bando el 30 de abril por el que disponía que desde el 15 del entrante mes de mayo, por cada individuo de los pueblos del territorio de su mando que se hubiese unido á los carlistas, se exigiera á los municipios la suma de 320 reales mensuales, multa que debia seguirse pagando hasta que constase de una manera auténtica que el vecino del pueblo que militaba en la facción habia sido muerto ó hecho prisionero. De igual ó mayor rigor usaban los partidarios de don Carlos, llevando su saña hasta el punto de haber asesinado el 9 de mayo en el término de Rafales á varios urbanos de Valdortmo, suceso que infundió la mayor alarma en los pueblos de la comarca.

Siempre ambicioso Cabrera de mayores resultados, volvió á reconcentrar las columnas que habian estado obrando separadamente, reunió á mediados de mayo en las cercanías de Vallibona, novecientos hombres, á cuyo frente marchó á Mosqueruela. Hallábase en este último punto la columna liberal mandada por Decret y Buil que se dirigían á Villafraanca. Tomó Cabrera posiciones en las alturas próximas á Mosqueruela, y aunque los jefes del ejército de la Reina contaban fuerzas inferiores, no vacilaron en atacar con brio á los carlistas. Resistieron estos con firmeza las primeras descargas, pero acabaron por retirarse en dirección de Linares y Aliaga, no siendo seguidos por los vencedores, justamente temerosos de internarse en las montañas y de caer en las emboscadas preparadas por el enemigo.

De mayor importancia fué el combate habido al frente de Caspe, población enteramente adicta á la causa de la Reina y á la que Cabrera preparaba una sorpresa. Al efecto el 23 de mayo de madrugada el jefe carlista, á la cabeza de sus voluntarios, sorprendió á las avanzadas liberales, y despues de un ligero tiroteo penetró en la población, saqueando algunas casas y pasando por las armas á cuatro ó cinco nacionales que cayeron en sus manos; pero no debia el agresor saborear el fruto de su fácil triunfo, pues sabedor Noguera del movimiento de su contrario, lo persiguió hasta la entrada de los puertos de Beceite, contentándose en represalia de los nacionales sacrificados por Cabrera en Caspe, con fusilar á seis prisioneros que se hallaban en su poder.

Mas afortunado que su jefe, Quiles sorprendió por aquellos días un destacamento de setenta hombres en Valderrobles, descalabro que los liberales al mando de Buil pensaron en la masía del Capuchino en la que lograron derrotar al cabecilla Serrador.

La sorpresa de Caspe alarmó en tanto extremo á los habitantes de Zaragoza, que no bastando á calmar su intranquilidad las medidas que al efecto adoptaban las autoridades, el

(1) Véase el documento núm. IV al final del capítulo.